
LA SANTA MADRE IGLESIA

Desde la eternidad, compadecido de los hombres, Dios Padre *estableció convocar a quienes creen en Cristo en la Santa Iglesia, que ya fue prefigurada desde el origen del mundo, preparada admirablemente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua alianza, constituida en los tiempos definitivos, manifestada por la efusión del Espíritu y que se consumará gloriosamente al final de los tiempos*¹.

Para cumplir este decreto eterno del Padre, con la cooperación del Espíritu Santo, *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*², reconcilió la tierra con el Cielo, realizando la obra de redención y santificación de los hombres: perdonó los pecados, enseñó la doctrina de vida, se entregó a Sí mismo por amor a nosotros. Pero como había de volver al Padre con su Humanidad Santísima glorificada, quiso que los frutos de la redención se aplicaran a los hombres, en todo tiempo y lugar, por medio de la Iglesia. Para redimirnos, se valió de la naturaleza humana asumida de la Virgen Santísima; y para santificarnos se vale de la Iglesia, a la que ha dotado de los medios convenientes para que todas las almas puedan alcanzar la santidad.

(1) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 2.

(2) *Joann.* I, 14.

Cristo presente en la Iglesia

La Iglesia continúa la misión salvadora de Cristo. Para eso, *presente está Cristo en su Iglesia que ora*, “*porque El es quien ora por nosotros, ora en nosotros y a El oramos (...)*” (San Agustín, Enarr. in Ps. 85, 1). Y El mismo prometió: “*donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos*” (Matth. XVIII, 20). *Presente está El en su Iglesia que ejerce las obras de misericordia, no sólo porque cuando hacemos algún bien a uno de sus hermanos pequeños se lo hacemos al mismo Cristo (cfr. Matth. XXV, 40), sino también porque es Cristo mismo quien realiza estas obras por medio de su Iglesia (...). Presente está en su Iglesia que peregrina y anhela llegar al puerto de la vida eterna, porque El habita en nuestros corazones por la fe (cfr. Ephes. III, 17) y en ellos difunde la caridad por obra del Espíritu Santo que El nos ha dado (cfr. Rom. V, 5).*

De otra forma, muy verdadera también, está presente en su Iglesia que predica, puesto que el Evangelio que ella anuncia es la Palabra de Dios, y solamente se anuncia en el nombre, con la autoridad y con la asistencia de Cristo, Verbo de Dios encarnado (...). Presente está en su Iglesia que rige y gobierna al pueblo de Dios, puesto que la sagrada potestad se deriva de Cristo, y Cristo, “Pastor de los pastores” (San Agustín, Enarr. in Ps. 86, 3), asiste a los pastores que la ejercen, según la promesa hecha a los Apóstoles.

Además, de modo aún más sublime, está presente Cristo en su Iglesia que en su nombre ofrece el Sacrificio de la Misa y administra los sacramentos (...). Nadie ignora, en efecto, que los sacramentos son acciones de Cristo, que los administra por medio de los hombres³.

Estos diversos modos de presencia de Cristo en la Iglesia llenan de admiración al espíritu humano, y manifiestan el gran amor que el Señor tiene a su amada Esposa. Pero particular importancia tiene la presencia real y sustancial de Jesucristo bajo las especies eucarísticas, por la que el

(3) Pablo VI, Litt. enc. *Mysterium fidei*, 3-IX-1965.

Señor se queda entre nosotros para ser alimento de nuestras almas ⁴. *Tal presencia se llama "real", no por exclusión, como si las demás no fueran "reales", sino por antonomasia, porque es también corporal y "sustancial", pues por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro* ⁵.

Finalmente, por virtud de la intercesión de la misma Iglesia, es como los sacramentales y los ritos externos, que la Iglesia ha instituido, nos consiguen abundantes frutos. Porque *realmente, en esta obra tan grande, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre Eterno* ⁶.

En resumen, *Cristo permanece en su Iglesia: en sus sacramentos, en su liturgia, en su predicación, en toda su actividad* ⁷.

La misión sobrenatural de la Iglesia

Depositaria de la Revelación, la Iglesia ha recibido la misión de *pre-dicar el Evangelio a todas las criaturas* ⁸. Desde hace veinte siglos, y hasta el fin de los tiempos, la voz de Cristo se sigue escuchando por medio de su Iglesia. Ella tiene la Revelación en depósito, y no puede modificar lo que es doctrina divina; por eso ha defendido siempre la integridad de las verdades reveladas, y jamás ha transigido con el error, con la visión parcial y deformada; ha velado siempre por la pureza de la fe, y ha enseñado por todo el mundo el Evangelio, porque el Evangelio es *la virtud de Dios para salvar a todos los que creen* ⁹.

A mí, dijo el Señor, se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra: id, pues, e instruid a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todas las cosas que Yo os he mandado ¹⁰. Son las palabras sencillas y sublimes del final del Evangelio de San Mateo, comenta nuestro Padre: *ahí está*

(4) Cfr. *Joann.* VI, 35.

(5) Pablo VI, Litt. enc. *Mysterium fidei*, 3-IX-1965.

(6) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7.

(7) *Es Cristo que pasa*, n. 102.

(8) *Marc.* XVI, 15.

(9) *Rom.* I, 16.

(10) *Matth.* XXVIII, 18-20.

señalada la obligación de predicar las verdades de fe, la urgencia de la vida sacramental, la promesa de la continua asistencia de Cristo a su Iglesia. No se es fiel al Señor si se desatienden esas realidades sobrenaturales: la instrucción en la fe y en la moral cristianas, la práctica de los sacramentos. Con este mandato Cristo funda su Iglesia. Todo lo demás es secundario ¹¹.

Ese mandato de Cristo atañe a todos los miembros de su Cuerpo Místico. En la Iglesia hay diversidad de ministerios, pero uno solo es el fin: la santificación de los hombres. Y en esta tarea participan de algún modo todos los cristianos, por el carácter recibido con los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmación. Todos hemos de sentirnos responsables de esa misión de la Iglesia, que es la misión de Cristo. El que no tiene celo por la salvación de las almas, el que no procura con todas sus fuerzas que el nombre y la doctrina de Cristo sean conocidos y amados, no comprenderá la apostolicidad de la Iglesia ¹².

La Iglesia enseña el modo de orientar la vida hacia Dios, la manera en que el hombre puede santificarse acomodando su conducta a la ley divina. Y de su seno han nacido todos esos medios de santidad, debidamente reconocidos y probados, suscitados por el Espíritu Santo, que han llevado ya y siguen llevando a la santidad más excelsa y a la más sobrenatural eficacia apostólica a tantas almas. Medios que se han configurado de una u otra manera, a veces para un tiempo o unas circunstancias determinadas, otras veces con alcance universal; pero siempre con un único modelo —Jesucristo— y una única causa: la gracia de Dios confiada a su Iglesia, fiel siempre a las inspiraciones del Paráclito, que va engendrando a la santidad a sus hijos, los alimenta, los dirige, los gobierna, los encamina a la vida eterna, que es su fin y su destino definitivo.

Santidad de la Iglesia

Por influencia directa de los medios de santificación puestos por Cristo, existe en los miembros de la Iglesia una santidad visible. *Todo*

(11) De nuestro Padre, Homilía *El fin sobrenatural de la Iglesia*, 28-V-1972.

(12) De nuestro Padre, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

árbol bueno produce buenos frutos ¹³, y la Iglesia santa da frutos de santidad. Desde los primeros cristianos, que se llamaban entre sí *santos*, hasta hoy día, han resplandecido en la Iglesia santos de toda edad y de toda condición. Desde que Jesús fundó la Iglesia, el Señor ha tenido *un pueblo aceptable, lleno de buenas obras* ¹⁴. Y puede afirmarse que en todos los tiempos *la Iglesia de Dios, sin dejar nunca de ofrecer a los hombres el sustento espiritual, engendra y forma nuevas generaciones de santos y de santas para Cristo* ¹⁵.

En la Iglesia se da, en primer lugar, una perfección original y constitutiva: aquella santidad con que la dotó Dios al instituir la. Como escribe nuestro Fundador, *la Iglesia ha sido querida y fundada por Cristo, que cumple así la voluntad del Padre; la Esposa del Hijo está asistida por el Espíritu Santo. La Iglesia es la obra de la Trinidad Santísima: es Santa y Madre, Nuestra Santa Madre Iglesia* ¹⁶. En virtud de esta santidad originaria, la Esposa de Cristo es siempre joven y siempre bella, sin mancha ni arruga ¹⁷, siempre digna de la complacencia divina. ¡Santa, Santa, Santa!, nos atrevemos a cantar a la Iglesia, evocando el himno en honor de la Trinidad Beatísima. Tú eres Santa, Iglesia, Madre mía, porque te fundó el Hijo de Dios, Santo; eres Santa, porque así lo dispuso el Padre, fuente de toda santidad; eres Santa, porque te asiste el Espíritu Santo, que mora en el alma de los fieles, para ir reuniendo a los hijos del Padre que habitarán en la Iglesia del Cielo, la Jerusalén eterna ¹⁸.

Pero la Iglesia, en este mundo, está compuesta de hombres y para hombres, y decir hombre es hablar de la libertad, de la posibilidad de grandezas y de mezquindades, de heroísmos y de claudicaciones ¹⁹. Por eso, junto a la santidad constitutiva de la Iglesia, se acostumbra a considerar una santidad escatológica o final, la que alcanzará la Esposa de Cristo en todos sus miembros, sin excepción alguna, al final de los tiempos. De modo que *la Iglesia es santa en sus estructuras y puede ser pecadora en los miembros humanos en los que se realiza; es santa en busca*

(13) *Matth.* VII, 17.

(14) *Tít.* II, 14.

(15) Pío XI, Litt. enc. *Quas primas*, 11-XII-1925.

(16) De nuestro Padre, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

(17) Cfr. *Ephes.* V, 25-27.

(18) De nuestro Padre, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

(19) De nuestro Padre, Homilía *El fin sobrenatural de la Iglesia*, 28-V-1972.

de santidad; es al mismo tiempo santa y penitente: santa en sí misma, enferma en los hombres que forman parte de ella ²⁰.

La santidad no es otra cosa que la unión con Dios. Por eso, cuanto más unidos al Señor estén los cristianos, más y mejor resplandecerá la santidad en la Iglesia, de cara a todos los hombres. Es un hecho que existen hijos de la Iglesia que, porque usan mal de su libertad, no se someten a su dirección, se sustraen a su influjo santificante. En la *Iglesia presente están reunidos buenos y malos. En efecto, está compuesta de diversidad de hijos, porque a todos engendra a la fe; pero de tal modo que no a todos, por culpa de ellos, logra conducir a la libertad de la gracia mediante la reforma de la vida* ²¹. La Iglesia pone en las almas, con el Bautismo, el germen de esa resurrección con Cristo a una vida nueva, y proporciona todos los medios para hacerlas llegar a *la edad perfecta* ²² de la santidad. Y aunque a veces alguno de sus hijos abandone la casa paterna, Ella, como el padre de la parábola ²³, lo sigue amando y espera su retorno. La Iglesia no deja de ser santa por la presencia de las debilidades de sus hijos, que son siempre estrictamente personales. Yo —afirmaba nuestro Padre— *muchas veces digo: creo en mi Madre la Iglesia Romana, a pesar de los pesares. Y si alguien me pregunta cuáles son esos pesares, contesto: tus miserias y las mías* ²⁴.

Por otra parte, es indeterminable el número de cristianos que han vivido heroicamente: todos están en el Cielo, aun cuando la Iglesia haya canonizado sólo a algunos. *A lo largo de la historia —recuerda nuestro Padre—, también en la actualidad, ha habido tantos católicos que se han santificado efectivamente: jóvenes y viejos, solteros y casados, sacerdotes y laicos, hombres y mujeres.*

Pero sucede que la santidad personal de tantos fieles —antes y ahora— no es algo aparatoso. Con frecuencia no reconocemos a la gente común, corriente y santa, que trabaja y convive en medio de nosotros. Ante la mirada terrena se destacan más el pecado y las faltas de fidelidad: son más llamativos ²⁵.

(20) Pablo VI, *Alocución*, 20-X-1965.

(21) San Gregorio Magno, *Homiliae in evangelia* 38, 7.

(22) Cfr. *Ephes.* IV, 13.

(23) Cfr. *Luc.* XV, 11-32.

(24) De nuestro Padre.

(25) De nuestro Padre, *Homilia Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

Siempre, incluso en aquellos particulares momentos en que, dentro de la Iglesia, sólo parecen verse vidas de muy escasa piedad, existen también —quizá ocultas a los ojos de la gente— muchas almas santas y heroicas. *La divina misión que la Iglesia cumple entre los hombres y debe cumplir por medio de los hombres, puede ser dolorosamente oscurecida por el elemento humano, quizá demasiado humano (...). Pero manifiesta una ceguera injusta y reprobable quien, fundándose en estos lamentables desacuerdos entre la fe y la vida, entre las palabras y los actos, entre la conducta exterior y los pensamientos de algunos —aunque fuesen muchos—, echa en olvido, o conscientemente pasa en silencio, el genuino esfuerzo para llegar a la virtud, el espíritu de sacrificio, el amor fraterno, el heroísmo de santidad, en tantos miembros de la Iglesia* ²⁶.

La santidad de la Iglesia es algo objetivo, que no depende en sí misma del número de cristianos que se comporten como tales, pues es santa por la acción constante en Ella del Espíritu Santo. Por esta razón podía asegurar nuestro Fundador, incluso en momentos de grave dificultad en la vida de la Iglesia, *que, si las claudicaciones superasen numéricamente las valentías, quedaría aún esa realidad mística —clara, innegable, aunque no la percibamos con los sentidos— que es el Cuerpo de Cristo, el mismo Señor Nuestro, la acción del Espíritu Santo, la presencia amorosa del Padre* ²⁷.

Sin embargo, es necesario que la santidad ontológica o esencial de la Iglesia se manifieste en la vida de sus miembros, y brille ante todos los hombres. Es una responsabilidad gravísima de todos los bautizados, que *han recibido esa vocación a la santidad, y han de esforzarse por corresponder a la gracia y ser personalmente santos* ²⁸. Para eso cuentan siempre con la ayuda del Dios tres veces Santo, que sabe sacar grandes bienes de los grandes males, y constantemente hace brotar del seno de la Iglesia nuevos frutos de espiritualidad, para que de esa *inagotable fecundidad en toda clase de bienes* ²⁹, propia de la Iglesia, surjan nuevas y nuevas promociones de santos.

(26) Pío XI, Litt. enc. *Mit brennender Sorge*, 14-III-1937.

(27) De nuestro Padre, Homilía *El fin sobrenatural de la Iglesia*, 28-V-1972.

(28) De nuestro Padre, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

(29) Concilio Vaticano I, Const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3.

Amar a la Iglesia, nuestra Madre

La Iglesia es Madre: su misión es la *de engendrar hijos, educarlos y regirlos, guiando con materno cuidado la vida de los individuos y de los pueblos* ³⁰. Nos hacemos santos aprovechando los medios de santificación que nos ofrece la Iglesia, *llena de gloria, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino santa e inmaculada* (cfr. Ephes. V, 27), *santa y madre de todos nosotros* ³¹. Cristo, que ha redimido al género humano, quiere aplicar la redención a cada uno en particular por medio de su Iglesia, y *no alcanzará los premios de Cristo quien abandone a la Iglesia de Cristo* ³².

No existe otro camino para santificarse. *Si alguien quiere salvarse, venga a esta casa, para que pueda conseguirlo; venga a esta casa, en la que está la Sangre de Cristo en señal de salvación (...). Ninguno se engañe a sí mismo: fuera de esta casa, esto es, fuera de la Iglesia, nadie se salva* ³³. Nadie puede llegar a vivir como hijo de Dios, si no utiliza piadosamente los medios de santificación que le ofrece la Iglesia, porque *no puede tener a Dios como Padre quien no tiene a la Iglesia como Madre* ³⁴. De aquí que no sea concebible un verdadero amor a Dios, sin un gran amor a la Iglesia, que nos haga clamar: *¡qué alegría poder decir con todas las veras de mi alma: amo a mi Madre la Iglesia santa!* ³⁵.

Nuestro Fundador nos enseñó a amar a la Iglesia con un cariño que se alimenta de la fe en la santidad de la Iglesia. Así nos comportaremos siempre como hijos fieles, sin que las flaquezas que podamos ver en nosotros mismos y en otros cristianos entibien ese amor apasionado a nuestra Madre. *Si amamos a la Iglesia —escribió nuestro Padre— no surgirá nunca en nosotros ese interés morboso de airear, como culpa de la Madre, las miserias de algunos de sus hijos. La Iglesia, Esposa de Cristo, no tiene por qué entonar ningún mea culpa. Nosotros sí: mea culpa, mea*

(30) Juan XXIII, Litt. enc. *Mater et Magistra*, 15-V-1961.

(31) San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses* 18, 26.

(32) San Cipriano, *De catholicae Ecclesiae unitate* 6.

(33) Orígenes, *In librum Iesu Nave homiliae* 3, 5.

(34) San Cipriano, *De catholicae Ecclesiae unitate* 6.

(35) *Camino*, n. 518.

culpa, mea maxima culpa! Este es el verdadero meaculpismo, el personal, y no el que ataca a la Iglesia, señalando y exagerando los defectos humanos que, en esta Madre Santa, resultan de la acción en Ella de los hombres hasta donde los hombres pueden, pero que no llegarán nunca a destruir —ni a tocar, siquiera— aquello que llamábamos la santidad original y constitutiva de la Iglesia ³⁶.

Como el amor a Dios brota del amor que El nos tiene, el amor a la Iglesia ha de nacer del agradecimiento por todos los medios —abundantísimos— que nos brinda para hacernos santos. Le debemos amor y gratitud por el sacerdocio, por los sacramentos, por la liturgia. Le debemos amor por el magisterio; y ese amor nos llevará a desear conocer su doctrina y a difundirla sin transigir con el error. Debemos amor a todas las instituciones donde se han santificado y se santifican tantas almas.

Ese amor ha de traducirse en unión a todos nuestros hermanos en la fe y, especialmente, a los Sagrados Pastores. La unión que vivimos con el Romano Pontífice, hace y hará que nos sintamos unidísimos en cada diócesis al Ordinario del lugar. Suelo decir, y es cierto, que tiramos y tiraremos siempre del carro en la misma dirección que el Obispo. Si alguna vez un Revmo. Ordinario no lo entendiese así, y pretendiese ver incompatibilidades que no pueden existir, a mí me daría mucha pena; pero, mientras no tocase lo esencial, cedería; y deberíais ceder también vosotros, sin dificultad. Porque sólo nos mueve a nuestra entrega el deseo de dar a Dios toda la gloria, sirviendo a la Iglesia y a todas las almas, sin buscar gloria para la Obra y sin buscar nuestro provecho personal.

Previendo estas posibles dificultades, aunque me parecen inverosímiles, para obtener del Señor desde el principio de la Obra esta unión interna y externa con el Ordinario del lugar, y con todas las almas que trabajan en cualquier clase de tarea apostólica, vosotros sabéis que rezamos cada día pro unitate apostolatus. Una unidad que sólo da el Papa, para toda la Iglesia; y el Obispo, en comunión con la Santa Sede, para la diócesis ³⁷.

Tenemos, finalmente, una entrañable deuda de amor con la Madre

(36) De nuestro Padre, Homilia *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

(37) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 21.

Iglesia: ha hecho suyo el camino de santidad que Dios ha señalado a sus hijos del Opus Dei. Y la deuda nos obliga a no querer nunca dispensarnos de ninguna de nuestras Normas y Costumbres, sino a desear vivirlas cada día con un amor creciente, pues en ellas están contenidos todos los medios aptos para santificarnos. Cumpliendo fielmente las Normas y las Costumbres de la Obra, seremos santos, seremos buenos hijos de la Iglesia.

* * * * *

Nuestra específica vocación a santificarnos en medio del mundo, en el trabajo profesional, lleva consigo un modo específico también de servir a la Iglesia. *Podemos decir, hijos míos, que pesa sobre nosotros la preocupación y la responsabilidad de toda la Iglesia Santa —sollicitudo totius Sanctae Ecclesiae Dei—, no de esta parcela concreta o de aquella otra. Secundando la responsabilidad oficial —jurídica, de iure divino— del Romano Pontífice y de los Reverendísimos Ordinarios, nosotros, con una responsabilidad no jurídica, sino espiritual, ascética, de amor, servimos a toda la Iglesia con un servicio de carácter profesional, de ciudadanos que llevan el testimonio cristiano del ejemplo y la doctrina hasta los últimos rincones de la sociedad civil* ³⁸.

(38) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1959, n. 15.